

LA POLITICA REVOLUCIONARIA, LA IDEA DE CAUSA Y LAS CAUSAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

Anibal Romero.
(2000)

1

Qué causa las guerras? En particular: cuáles fueron las causas de la Segunda Guerra Mundial?¹ Con respecto a esta interrogante específica, la interpretación tradicional y ortodoxa ha ofrecido siempre una respuesta unívoca, que cuenta con amplio consenso por parte de los estudiosos del conflicto: Hitler *personalmente* fue la principal y decisiva fuerza que dió origen a esa inmensa conflagración, dinamizándola hasta su dramático fin. En tal sentido, dice el historiador alemán Walther Hofer, no debe hablarse del “estallido” de la guerra —término que sugiere la acción primordial de fuerzas impersonales—, sino de su “desencadenamiento” por parte de Hitler.²

Frente a esta línea argumental, que coloca sobre los hombros del líder nazi una responsabilidad clave y en ocasiones prácticamente exclusiva como generador de la guerra, se alzó en 1961 la polémica voz del historiador británico A.J.P. Taylor, quien en su brillante libro, *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, presentó una versión alternativa en torno a las causas de ese conflicto, cuyos planteamientos centrales —que discutiré luego— pueden resumirse así: 1) Hitler fue, sin duda, un ser malvado desde el punto de vista moral; no obstante, como estadista, fue predominantemente racional. 2) Hitler suministró un “elemento dinámico” que a su vez se insertó en un determinado contexto histórico, que debe tomarse ampliamente en cuenta al explicar las causas de la guerra. Sin el apoyo y la cooperación del pueblo alemán, por ejemplo, Hitler “no

¹ En este estudio, me referiré exclusivamente al estallido de la guerra *en Europa*.

² Citado en Karl D. Bracher, **Turning Points in Modern Times** (Cambridge: Harvard University Press, 1995), p. 169

hubiese contado para nada”. 3) La Segunda Guerra Mundial estaba “implícita” en los resultados de la Primera. En vista de que los aliados, en 1918, decidieron ofrecer a Alemania un armisticio, en lugar de subyugarla definitivamente, el problema histórico, en adelante, era el siguiente: en cuánto tiempo, y de qué manera —en paz o a través de una nueva guerra— volvería Alemania a convertirse en el poder hegemónico del continente europeo. Dicho de otro modo, el “peso natural” de Alemania tenía que intentar imponerse otra vez, de un modo u otro. 4) En ese orden de ideas, y en un plano estrictamente político, Hitler fue esencialmente un estadista alemán más, con los objetivos “normales” de sus predecesores. Como ellos, el líder nazi procuró colocar a su país en el rango exigido por su gravitación geopolítica. 5) Sin embargo, Hitler no planeó la guerra, ni la buscó explícitamente. El líder nazi, eso sí, “esperaba que la guerra tuviese lugar, a menos que lograra evadirla mediante alguna maniobra ingeniosa”. Al final, la guerra ocurrió tanto a raíz de las maniobras del dictador alemán, como debido a la torpeza de sus oponentes.³

El libro de Taylor desarrolla estos planteamientos con indudable poder persuasivo y maestría literaria; no obstante, se trata de una obra con numerosas fallas y no pocas contradicciones. Sus defectos fundamentales, como argumentaré en estas páginas, son tres: En primer lugar, la profunda incompreensión que Taylor pone de manifiesto en cuanto a la naturaleza de la personalidad política de Hitler como revolucionario, y sobre la absoluta seriedad con que el líder nazi asumía su visión del mundo y de su misión histórica. En segundo lugar, la aguda contradicción entre, de un lado, una visión de la historia que intenta rescatar el papel de los individuos como motores relativamente autónomos de los eventos, y de otro lado, una tendencia a atribuir a los acontecimientos un alto contenido de inevitabilidad. En tercer lugar, y vinculado a lo anterior, la limitada concepción de las causas de los procesos históricos que Taylor maneja, y su idea de que es posible escribir la historia “sin prejuicios”, es

³ A.J.P. Taylor, **The Origins of the Second World War** (Harmondsworth: Penguin Books, 1974), pp. 12, 26, 65, 79, 136, 172, 239

decir, sin asumir un marco teórico que permita hacer juicios críticos, tanto políticos como éticos, acerca de lo que se narra.

Antes de comentar estos aspectos de la obra de Taylor, cabe destacar lo mucho que su argumentación ha tenido de positivo para el debate historiográfico en torno a las causas de la guerra y el papel jugado por Hitler. Para empezar, en su esfuerzo por “humanizar” al caudillo nacionalsocialista, en el sentido de reducirle a términos históricos en lugar de tratarle como una especie de fuerza demoníaca, más allá de toda comprensión científica, Taylor logró colocar el debate en un plano de mayor equilibrio y observar el problema desde una perspectiva menos prejuiciada —sin menospreciar los inequívocos aspectos carismáticos presentes en la personalidad política del líder nazi.⁴ Lo que Taylor nos dice es que es absurdo suponer que un conflicto de la magnitud que adquirió esa guerra, pueda ser atribuido a la maldad de un sólo individuo. Lejos de pretender liberar a Hitler de su culpa, Taylor se limita a señalar que la misma no fue exclusiva. En manos de Taylor, la guerra dejó de ser un esquematizado teatro moral, con buenos y malos personajes perfectamente definidos, para convertirse en un proceso mucho más complejo, de responsabilidades compartidas. Además, al bajar a Hitler del pedestal de “demonio” y “calamidad natural” en que algunos han querido ubicarle como culpable e “iniciador de todo”⁵, Taylor dejó claro que el líder nazi no puede ser excluido del contexto histórico como si se tratase de un ser sobrenatural y único, sino que debe ser visto como parte de la historia alemana y aún del Occidente en su conjunto. Un cataclismo como la Segunda Guerra Mundial tuvo numerosos responsables, unos más y otros menos, y sin duda la responsabilidad de Hitler fue enorme; no obstante, no han faltado quienes han aspirado a evadir las suyas escudándose tras la maldad y el carácter “satánico” del líder nazi, como si este último hubiese actuado en un vacío moral y político en el que solamente contaban sus

⁴ Empleo acá el término “carisma” en el estricto sentido weberiano. Véase, Max Weber, **On Charisma and Institution Building** (Chicago: University of Chicago Press, 1968). P. 105

⁵ James Joll, “The Conquest of the Past”, en, E. M. Robertson, ed., **The Origins of the Second World War** (London: Macmillan, 1973), p. 78

intenciones y deseos. El libro de Taylor constituye un excelente antídoto contra la tendencia a usar a Hitler para eximir las culpas de otros.

Por otra parte, la obra de Taylor, escrita con un estilo que combina la audacia de los juicios con una palpable convicción sobre lo que se afirma, contribuye a rescatar los ingredientes azarosos, paradójicos, imprevistos e incontrolables que forman parte integral de los procesos sociopolíticos. En su pluma, en múltiples oportunidades, los eventos que llevaron a la guerra dejan de ser lo que parecían ser, y de estar dominados por la voluntad de los que creíamos les manipulaban, y se transforman en desarrollos signados por la confusión, los errores de cálculo, la intervención de personajes secundarios que de pronto alcanzan influencia determinante en la definición de hechos de extraordinaria trascendencia, así como por la constante frustración de las aspiraciones y el choque entre lo que se busca y lo que en efecto se obtiene. Si hay un punto central en la idea de la historia de Taylor, ese no es otro que el siguiente: aún cuando los actores creen que sus objetivos son claros, que poseen los medios para obtenerlos, y adoptan las tácticas adecuadas para encaminarse a ellos, las más de las veces las consecuencias de sus acciones son imprevistas y los resultados distintos de lo que se quería: “Todos los hombres de Estado intrigan en busca de ventajas; los accidentes siempre destruyen los mejores planes; los intereses invariablemente se imponen sobre los principios...”⁶ La historia vista por Taylor, es en buena medida un compuesto azaroso de ambiciones erráticas, envueltas en una bruma de accidentes. Si bien se trata de una visión parcial, es un correctivo frente a las versiones que reducen los procesos históricos a una sucesión de planes deliberados, intachablemente ejecutados.

Dicho lo anterior, cabe reiterar que el libro de Taylor presenta igualmente notables fallas. Ya señalé que, a pesar de su esfuerzo por rescatar el papel

⁶ Gordon Martel, “The Revisionist as Moralizer. A.J.P. Taylor and the Lessons of European History”, en, G. Martel, ed., **The Origins of the Second World War Reconsidered** (London: Allen & Unwin, 1987), p. 8

autónomo relativo de los individuos, existe también —y paralelamente— en su obra, una notoria tendencia a considerar el curso de los acontecimientos como un proceso que marcha inexorablemente hacia determinado destino, movido por “causas profundas” que, a manera de ejemplo, daban al problema alemán después de 1918 una cierta “lógica” histórica⁷, una lógica que le empujaba en determinada dirección. La relevancia de esta tensión en la obra de Taylor, así como de otros temas teóricos y posturas contradictorias que generan dificultades en el libro, amerita una consideración inmediata, previa a la discusión en torno a la naturaleza revolucionaria de Hitler y el nazismo.

2

El primer aspecto que debe destacarse tiene que ver con la afirmación de Taylor, según la cual el estudio de la historia puede y debe llevarse a cabo “sin presupuestos”, es decir, sin el ángulo de visión que proporciona un esquema teórico básico, y limitarse estrictamente a narrar “los eventos políticos y militares”.⁸ Taylor insiste en que “Los sistemas son creados por los historiadores”⁹, y en ello no se equivoca, *pues no podría ser de otra manera*. La organización del material histórico, de los datos sobre los eventos que se intenta narrar, tiene necesariamente que someterse a una guía teórica que les conceda sentido, que establezca prioridades, que defina conceptos, y que explique relaciones causa-efecto. Del mismo modo que no existen, en el campo de las ciencias naturales y básicas, experimentos “ciegos”, es decir, no orientados y estructurados por alguna teoría,¹⁰ así también, en el terreno historiográfico, no hay datos “puros” sino un aparente encadenamiento de sucesos y situaciones, que son sometidas a un orden en manos del historiador. De hecho, en otras de sus obras, Taylor cuestiona radicalmente el planteamiento de que los

⁷ A.J.P. Taylor, “War Origins Again”, en, Robertson, p. 140

⁸ Ibid., p. 138

⁹ Taylor, **The Origins...**, p. 98

historiadores deben ser “objetivos”, en el sentido de limitarse a juzgar a los actores del pasado sometido a estudio, de acuerdo únicamente a los criterios morales que esos actores mismos empleaban. Al contrario, sostiene Taylor, el historiador no puede evadir las posturas y preocupaciones morales propias en el análisis de las situaciones pasadas.¹¹

Es importante, desde luego, no confundir la cuestión de la honestidad científica, que debe immedir, por ejemplo, la deliberada distorsión de los hechos en función de algún propósito ideológico o de otra índole, con el problema de la llamada “neutralidad valorativa”. Esta última no es posible ni deseable, y la objetividad científica no consiste en la ausencia de valores por parte del investigador, sino en el método crítico, es decir, en la existencia de un criterio de trabajo que permita discutir libremente las teorías y los hechos, y avanzar por ensayo y error en la búsqueda de la verdad.¹²

No solamente impone el historiador el necesario orden en su material, sino que lo hace definiendo conceptos y jerarquizando prioridades en la tarea explicativa. El libro de Taylor acá comentado ofrece numerosos ejemplos de esta práctica, y quizás el más relevante tiene que ver con su argumento, de acuerdo con el cual la prueba de que Hitler no quería la guerra es que no tenía un “plan” para llevarla a cabo. A esto Taylor añade otra aseveración: Hitler no causó la guerra porque no tuvo la intención de hacerlo; procuró lograr sus metas sin guerra, pero al final “cayó” por así decirlo en ella, mediante errores de cálculo propios y de sus adversarios.¹³

En cuanto a lo primero, en buena medida la cuestión gravita en torno al concepto de “plan” que se maneje, y al respecto Taylor es explícito: a su modo

¹⁰ Sobre este punto, véase, Karl R. Popper, **The Myth of the Framework** (London & New York: Routledge, 1994), pp. 82-111

¹¹ Citado en, W. H. Dray, “Concepts of Causation in A.J.P. Taylor’s Account of the Origins of the Second World War”, **History and Theory**, XVII, 2, 1978, pp. 168-169

¹² Popper, p. 93

¹³ Taylor, **The Origins...**, p172

de ver, un plan es “algo que se prepara y desarrolla *en detalle*”¹⁴. Ahora bien, este concepto es muy discutible. Después de todo, Hitler escribió dos libros (sólo uno de ellos hecho público en vida) antes de asumir el poder, libros en los cuales trazó con gran fuerza el horizonte de su visión política, delineando a la vez objetivos fundamentales que el tiempo se encargó de mostrar en su pasmosa verdad. Hitler siempre se vanaglorió de actuar con base a una “visión histórica”, y de haber alcanzado el poder para conducirse de acuerdo a lo que había predicado a lo largo de su carrera. El líder nazi jamás cesó de anunciar que —en sus palabras— “el horóscopo de los tiempos no apunta hacia la paz sino la guerra”.¹⁵ Si bien no puede hablarse de un “plan” en el limitado y excesivamente riguroso sentido que Taylor concede al término, es decir, de una especie de documento con una detallada jerarquización de objetivos, estimación de medios, establecimiento de una agenda minuciosa para su logro, así como de precisas estipulaciones operativas para múltiples campañas políticas y militares a lo largo de años, sí existió un muy desarrollado proyecto político, tanto en el plano doméstico como en el relativo a la política exterior. Puede afirmarse que Hitler tuvo un “mapa” al cual se ajustó con indudable consistencia, y cuya realidad efectiva explica la extendida popularidad de la versión ortodoxa o tradicional de las causas de la guerra. Para repetirla, usando las elocuentes expresiones de Joachim Fest —posiblemente el mejor biógrafo del líder nazi: “Quién causó la guerra es una pregunta que no ya no puede ser seriamente formulada. La política desplegada por Hitler en los años que precedieron el conflicto, en sentido estricto la totalidad de su carrera, se orientaron hacia la guerra. Sin la guerra sus acciones habrían carecido de dirección y consistencia, y Hitler no habría sido el hombre que fue”.¹⁶

Con respecto al punto según el cual Hitler no causó la guerra porque no tuvo *la intención* de hacerlo, de nuevo la evidencia sugiere una realidad bastante

¹⁴ Ibid., p. 24 (mis itálicas).

¹⁵ Citado en, Joachim C. Fest, **Hitler** (New York: Vintage Books, 1975), pp. 199, 417, 607

¹⁶ Ibid., p. 607. Véase también, H. Trevor-Roper, “A.J.P. Taylor, Hitler and the War”, en, Robertson, pp. 87-91

más compleja. El planteamiento de Taylor permite traer a colación unas irónicas frases de Clausewitz, quien nos recuerda que “el conquistador siempre es amigo de la paz; él desearía entrar en nuestro territorio sin oposición”.¹⁷ Entre 1933 y 1939, Hitler obtuvo extraordinarios éxitos políticos sin necesidad de la guerra; tan sólo la amenaza de llevarla a cabo le fue suficiente para lograr sus triunfos, y en ocasiones ni siquiera eso. Ahora bien, el *riesgo* de una guerra siempre estuvo implícito en una política expansionista que no parecía hallar jamás su punto límite, hasta que, en Septiembre de 1939, con la invasión alemana a Polonia, Hitler dió un paso más allá de lo que la Gran Bretaña y Francia estaban dispuestas a tolerar. Hitler no se equivocó, si por ello entendemos que actuó en ese momento dentro de un marco de ignorancia acerca de lo que podía ocurrir; Hitler asumió un riesgo *calculado* que, esa vez, no salió bien para él, pues sus acciones habían acabado por persuadir a sus adversarios de que su rumbo de expansión no se detendría, a menos que fuese resistido por la fuerza. El líder nazi tenía objetivos bastante claros y madurados por años, pero sus tácticas eran flexibles; su oportunismo táctico, como sostiene Bullock, era tanto más efectivo ya que se aliaba a una poco usual consistencia de propósitos.¹⁸ Casi seguramente, el tipo de guerra que fue la Segunda Guerra Mundial —una guerra total que le enfrentó a varios poderosos adversarios a la vez— no era la que Hitler deseaba, pero es claro que se arriesgó a ella, y cuando la tuvo entre manos, la llevó hasta el final sin detenerse a considerar otras opciones. Como veremos al estudiar su personalidad revolucionaria, un rasgo crucial en Hitler era la ausencia de un sentido de las proporciones. Una vez en medio de la guerra, la condujo con inquebrantable determinación hasta los más hondos y oscuros abismos.

En otro lugar de su libro, Taylor afirma que “La gente considera a Hitler malvado; y luego encuentra pruebas de su maldad en evidencia que no usarían en contra de otros. Por qué aplican este doble criterio? Tan sólo porque asumen,

¹⁷ Citado por André Glucksmann, **El discurso de la guerra** (Barcelona: Anagrama, 1969), p. 57

¹⁸ Alan Bullock, “Hitler and the Origins of the Second World War”, en, Robertson, p. 219

como comienzo, la maldad de Hitler”.¹⁹ De nuevo se ponen acá de manifiesto las fallas y las virtudes del método del autor. Al igual que ocurre con su estrecho concepto de “plan”, el problema en este caso gira en torno a lo que se quiera entender por “asumir” a Hitler como un personaje malvado. Aún el más desapasionado de los historiadores, al estudiar al líder nazi, inicia su camino con base a ciertas imágenes y percepciones, que ya son parte de la herencia cultural de nuestra era. Estar en posesión de esas imágenes no asegura, sin embargo, su conversión en prejuicios. Es perfectamente posible para un historiador analizar la evidencia con sentido científico, y llegar, por ejemplo, a la conclusión de que Hitler fue, en verdad, un ser malvado en un plano moral. Y determinarlo así no implica obstruir un juicio semejante con respecto a otros políticos de la época —ninguno de los cuales, ni siquiera Stalin, llegó al extremo de los hornos crematorios, a pesar de su inmensa crueldad. Es cierto, como apunté previamente, que algunos han querido presentar a Hitler como una especie de fenómeno metafísico colocado más allá del entendimiento normal, con objeto de evadir responsabilidades en la catástrofe que el líder nazi, sin lugar a dudas, tanto hizo por promover. No obstante, dejar de lado la satanización de Hitler, como lo hace Taylor, no es, en sí misma, garantía de objetividad en los juicios ni de rigor intelectual en la interpretación de lo ocurrido ese tiempo. Cuando Taylor se empeña en ver en Hitler un estadista alemán más, que sencillamente prosiguió el rumbo en política exterior ya delineado por sus predecesores,²⁰ desdeña a la vez una significativa masa de evidencia, que indica que las metas del líder nazi eran mucho más vastas, su ideología distinta, y sus métodos más drásticos que los de sus antecesores, entre los que se incluyen Bismarck, los hombres que dirigieron la estrategia alemana bajo el Kaiser Guillermo II, así como los dirigentes políticos durante la República de Weimar.²¹ Convenir en que Hitler no fue la encarnación del demonio no tiene porqué implicar “humanizarle”, hasta el punto de perder de vista su palpable singularidad histórica, tanto en el terreno político como en la esfera de la transgresión ética.

¹⁹ Taylor, **The Origins...**, p. 13

²⁰ *Ibid.*, pp. 27, 97, 266

Cabe también hacer notar, con relación al método de Taylor, la recurrente tensión entre, por un lado, su deseo de mostrar la historia en toda su complejidad, con sus inevitables componentes de azar, confusión, y torpeza humana; y por otro lado su propensión a simplificar las cosas cuando ello conviene al fortalecimiento de su peculiar interpretación de los eventos. Un relevante ejemplo lo hallamos en su tratamiento del sentido e impacto del armisticio y el posterior Tratado de Versalles, con los que se puso fin a la Primera Guerra Mundial. Sobre este punto, Taylor plantea una posición radical, que reduce la historia a términos absolutos, y minimiza en extremo la complejidad de las situaciones tal y como se vivieron en su momento. De acuerdo con Taylor:

“La decisión que en última instancia condujo a la Segunda Guerra Mundial fue tomada...pocos días antes de que la Primera concluyese. Fue esa la decisión de conceder un armisticio al gobierno alemán...(por ello) el ‘problema alemán’ no quedó resuelto, y de hecho se agudizó. Tal problema no tenía que ver con la agresividad o el militarismo alemanes, o con la maldad de sus gobernantes...Se trataba de un problema esencialmente político, no moral. No importa cuán democrática y pacífica podría hacerse Alemania, pues continuaría siendo con mucho la más poderosa nación en el continente europeo...Dada esta realidad...resultaba inconcebible que los alemanes aceptasen el tratado de Versalles como una arreglo permanente. La única cuestión consistía en si Alemania recuperaría su lugar en Europa en paz, o mediante la guerra”.²²

Me parece obvio que estos párrafos revelan una tendencia a presentar ciertos procesos como “inevitables”, en este caso específico, debido al “peso

²¹ Sally Marks, “1918 and After: The Postwar Era”, en, Martel, p. 40

²² Taylor, **The Origins...**, pp. 45, 48, 78-9

natural” de Alemania.²³ Ahora bien, las preguntas que hay que formularse son: por qué los aliados ofrecieron un armisticio a Alemania en 1918 en lugar de ocuparla militarmente?; por qué el Tratado de Versalles “careció desde el principio de validez moral”²⁴; qué errores cometieron los aliados, y que opciones tenían?

Taylor asume que si Alemania permanecía unida, necesariamente se haría dominante y desestabilizadora. Por qué siguió unida, y cuál era la alternativa para los aliados en 1918? Según Taylor, en noviembre de ese año, con los ejércitos alemanes desmoralizados y en retirada, y sus jefes sujetos del pánico, los aliados tenían dos opciones: o bien ocupar y luego dividir Alemania, o bien admitir su predominio y retornar a la situación tal como estaba a principios de 1918, cuando las fuerzas armadas alemanas avanzaban en el frente occidental y se hallaban triunfantes en el oriental. Al no tomar ninguna, los aliados dejaron abiertas las puertas del “problema alemán”. Mas como con acierto apunta Sally Marks, tales “opciones” carecían de realismo *y así fueron inequívocamente percibidas entonces*. Era absurdo para los aliados, luego de esa larga y terrible guerra, y en vista de la situación de pre-colapso alemán, “admitir” el predominio de su seriamente herido adversario, reconociendo una derrota el día de la victoria. Destruir a Alemania o dividirla tampoco estaba planteado, en vista de las limitadas ambiciones territoriales de los aliados, de la oposición del Presidente norteamericano Woodrow Wilson a la idea de un desmembramiento del enemigo vencido, y de la ansiedad tanto británica como estadounidense por retirarse del compromiso militar en Europa. Ni supremacía alemana, ni destrucción de Alemania, eran alternativas viables en 1918.²⁵ Qué hicieron entonces los aliados, por qué lo hicieron, y en que se equivocaron?

El más importante error aliado, consistió en no esforzarse en dejar plenamente claro ante el pueblo alemán y sus fuerzas armadas que, de hecho,

²³ Ibid., p. 97

²⁴ Ibid., p. 52

su país había sido *derrotado* en la guerra —como bien lo sabían los líderes políticos y militares germanos. Esto no requería la ocupación de Alemania, aunque tal vez sí hubiese sido indispensable continuar un poco más de tiempo con la ofensiva militar. Hay que tener en cuenta que la Primera Guerra Mundial tuvo lugar fundamentalmente en el territorio de los vencedores, y fueron éstos, en particular Francia, los que quedaron devastados. Esta extraña paradoja, así como el hecho de que los aliados optaron por llamar el documento que puso fin a las hostilidades “armisticio” en lugar de “acta de rendición”, contribuyeron en gran medida a alimentar el auto-engaño del pueblo y ejército alemanes, así como la leyenda de que el país no había sido vencido sino “traicionado”, con una “puñalada en la espalda”, por el enemigo interno: los socialistas, los revolucionarios, los judíos. Es cierto que en noviembre de 1918 los aliados podían escoger entre dar fin a la guerra o seguir avanzando; y vistas las cosas en retrospectiva, la segunda habría sido la mejor opción, sobre todo porque Alemania se encontraba cercana al total colapso militar. Pero los aliados no estaban seguros de ello y no podían saber qué tan cerca se encontraban del fin. Además, Francia y la Gran Bretaña estaban exhaustas, y temían que si la guerra proseguía, los Estados Unidos alcanzarían una posición de excesivo predominio en Europa.

Estaba presente también, no hay que olvidarlo, el fantasma de una revolución marxista en Alemania, similar a la que un año antes había sacudido a Rusia. Ante semejante posibilidad, los aliados se cuidaron de no inflar las llamas de la disolución social, de actuar con prudencia, y de procurar una salida estable con un gobierno alemán legítimo, una vez acaecida la abdicación del Kaiser. Sin embargo, como enfatiza Marks, el documento que culminó las hostilidades debió dejar clara la rendición, en lugar de postular un armisticio, pues con este último lo que se logró fue estimular las ilusiones alemanas sobre lo que en efecto había ocurrido: “Desde la creencia que el ejército alemán no había sido vencido en batalla, a la creencia que Alemania no había sido derrotada, el paso era muy

²⁵ Marks, pp. 22-3

corto”.²⁶ El pueblo alemán jamás aceptó el Tratado de Versalles porque nunca quiso enfrentar su derrota. Ese Tratado, de paso, plasmó un insatisfactorio compromiso: era lo suficientemente severo como para generar un intenso resentimiento de parte de los alemanes, pero no lo suficientemente draconiano como para contener a Alemania por mucho tiempo, en especial si no existía la necesaria voluntad para hacerlo cumplir del lado de los vencedores.²⁷ Y aquí se encontraba la herida mortal con que nació el Tratado: su vigencia en el tiempo dependía esencialmente de la voluntad británica, francesa y norteamericana de vigilar su cumplimiento, pero esa voluntad pronto se evaporó, dejando en manos exclusivas de una Francia extenuada física y psicológicamente una responsabilidad que en pronto se mostró excesiva: “la retirada anglo-americana significó que el tratado de Versalles dejó de representar un verdadero balance de poder en el continente europeo. Ello sólo acentuó los temores franceses y las exigencias alemanas para su revisión”.²⁸

Los absolutos que describe Taylor: destrucción o supremacía de Alemania, no plasman la situación en su verdadera complejidad, tal y como aparecía a los principales actores del drama en 1918. No cabe duda que se cometieron errores, pero, como veremos —y a pesar de las fallas conceptuales del Tratado de Versalles—, las dificultades fundamentales se pusieron de manifiesto después de 1919, a medida que los aliados vencedores perdieron la voluntad de hacer cumplir en la práctica lo que habían impuesto en el papel. El Tratado no era ni conciliatorio ni radicalmente punitivo. Como una vez había aconsejado Maquiavelo: “Si ves a tu enemigo con el agua hasta el cuello, lo mejor es que acabes de hundirlo; pero si el agua sólo llega hasta sus rodillas, es preferible que le ayudes a llegar a la orilla”.²⁹ Versalles no hizo ni una cosa ni la otra; y ya que los aliados no alteraron sus términos, ni los impusieron

²⁶ Ibid., p. 24

²⁷ Ibid., p. 25

²⁸ Ibid., p. 26

²⁹ Citado en, P.M.H. Bell, **The Origins of the Second World War in Europe** (London & New York: Longman, 1987), p. 23

decisivamente, fue abonado el terreno para que empezasen a brotar los tallos que presagiaban un nuevo conflicto.

No obstante, cabe preguntarse: Habría tenido lugar otra guerra si Hitler no hubiese llegado al poder en Alemania?³⁰

3

Para abordar la interrogante planteada, en función de nuestro comentario a Taylor, es necesario ahondar en su teoría de la historia. Como ya tuve oportunidad de indicar, en Taylor se percibe una paradójica tensión entre, de un lado, su propósito de mostrar, con el mayor énfasis posible, el protagonismo de los individuos concretos en el curso histórico, y de otro lado, su recurrente tendencia a presentar la marcha de los eventos desde una perspectiva que le coloca, como autor, peligrosamente al borde del abismo determinista, el abismo de una historia signada por lo “inevitable”. Taylor encuentra difícil armar con la coherencia deseable, una visión histórica en la que se armonice el papel de las personas con el marco de las condiciones generales, políticas, ideológicas, socioeconómicas, y culturales, en las que tiene lugar la acción individual. De hecho, su narración se mueve a dos niveles: en el primero, la historia se relata y explica en términos de las acciones de los individuos y de sus razones para conducirse de uno u otro modo; a este primer nivel se añade otro, más “profundo”, en el que funcionan procesos y causas que configuran las circunstancias “objetivas” de la realidad social.

Si bien Taylor menciona en ocasiones que la Segunda Guerra Mundial “tuvo causas profundas”³¹, se ocupa sólo superficialmente de asuntos tales

³⁰ Mi respuesta, como podrá deducirse de las siguientes páginas, es la siguiente: Es posible que una Alemania irredenta hubiese desencadenado otra guerra; ahora bien, con Hitler en el poder las probabilidades de semejante desenlace se multiplicaban exponencialmente.

³¹ Taylor, **The Origins...**, p. 136

como el significado e impacto del nacionalsocialismo y el fascismo, y de otros temas político-ideológicos, económicos, sociales y militares, reconociendo que su vocación es más bien la de un historiador de la diplomacia, centrado en seguirle la pista a la conducta de determinados actores individuales considerados claves. Dray señala, pienso que con acierto, que Taylor lleva con frecuencia su interés en el papel de los personajes de su drama, hasta un punto en que pareciera que ese primer nivel de la historia avanza de manera autónoma, sin conexión directa con el de las condiciones básicas del contexto histórico global.³² En este plano de movidas, intrigas, desatinos, frustraciones, y logros individuales, Taylor describe un espacio abierto para el ejercicio de la voluntad libre de las personas. Cuando toma en cuenta el segundo plano, sin embargo, Taylor a veces sugiere que los procesos “profundos” —como por ejemplo, la recuperación de su “peso natural” por parte de Alemania— avanzan inexorablemente; de modo que, a fin de cuentas, Taylor maneja al mismo tiempo una teoría libertaria y otra determinista sobre el curso de los eventos históricos. Esta confusión impide, en última instancia, extraer conclusiones inequívocas de su estudio sobre las causas de la guerra, aunque es posible especular al respecto con base al desarrollo de su argumentación.

Su esfuerzo primordial se orienta a sostener que, en todo caso, Hitler no causó la guerra; que en no poca medida fueron los errores de sus adversarios en el tablero de la diplomacia, entre 1933 y 1939, los principales factores que llevaron al conflicto. Por lo tanto, a la pregunta antes formulada: habría habido guerra aún si Hitler no hubiese asumido el poder en Alemania?, Taylor posiblemente tendría que dar una respuesta afirmativa, pues no se trató —en su opinión— de que Hitler fuese “especial”, sino de que actuó como lo habría hecho cualquiera otro en su posición al frente de Alemania en ese entonces. En vista de que los demás poderes europeos se empeñaban en obstaculizar la solución al “problema alemán”, la guerra era inevitable, con Hitler o sin Hitler. Esta, repito,

³² Dray, p. 171

me luce una afirmación que puede legítimamente extraerse del libro de Taylor, aunque el autor no la formule en esos términos específicos.

Debemos admitir como válida esa respuesta? No lo creo así. Para explicar por qué, debo primero manifestar mi convicción de que toda explicación razonable de un proceso histórico, tiene que hacer explícita la interconexión entre individuos y estructuras, es decir, entre la acción de actores personales y el marco de circunstancias en que esas acciones se producen. En el caso concreto de la Segunda Guerra Mundial, considero indispensable que se relacionen las condiciones político-ideológicas, estratégicas y socioeconómicas existentes en la Europa de la época, tanto a nivel doméstico como en el plano internacional, con las políticas de determinados actores individuales, entre los que por numerosos motivos destaca el propio Hitler. Ahora bien, la interpenetración entre las condiciones “objetivas” y las acciones de los protagonistas individuales, no se produce de manera mecánica y constante; corresponde al historiador, en cada caso, de acuerdo a sus convicciones teóricas y la evidencia a su disposición, precisar qué “peso relativo” —en términos de F.H. Hinsley— asignar a los dos niveles de causalidad. En lo que se refiere a la Segunda Guerra Mundial, Hinsley afirma que las contribuciones del líder nazi tuvieron un peso decisivo, mayor que el de las condiciones “objetivas”. En su opinión: “Era prácticamente imposible para los otros poderes resistir la actitud revisionista de Alemania, hasta el momento en que se concretó el pacto de Munich (1938)”.³³ Esta aseveración implica que, de acuerdo con Hinsley, la política de apaciguamiento a Hitler, de parte sobre todo de la Gran Bretaña, era la única alternativa factible hasta ese momento, y fue sólo la ocupación alemana del resto de Checoslovaquia en marzo de 1939, en flagrante violación de lo acordado en Munich, lo que hizo posible una reacción más firme contra el expansionismo hitleriano.

³³ F.H. Hinsley, “Review Article on A.J.P. Taylor”, **Historical Journal**, 4, 1961, pp. 227-8

En franco contraste con ese punto de vista, Churchill aseveró que “nunca ha habido una guerra más fácil de impedir”.³⁴ En qué sentido? Tal vez podamos aclararlo si distinguimos, como es indispensable hacerlo, entre *Alemania*, y *Hitler*. A mi modo de ver, es cierto que —en palabras de Bracher— “no existía una posibilidad real de evitar la guerra si, y en tanto que, Hitler estuviese en control de las decisiones”;³⁵ y la razón es ésta: Hitler era un verdadero revolucionario, y su política carecía de límites capaces de ajustarse siquiera a un mínimo concepto de equilibrio. Si bien no era posible disuadir a Hitler y someterle a un sentido de los límites, *sí fue posible numerosas veces, entre 1933 y 1939, disuadir a Alemania y los alemanes*, con una actitud firme y decidida de parte sobre todo de la Gran Bretaña, una actitud asertiva que forzase a los alemanes, en particular a las Fuerzas Armadas, a reaccionar ante Hitler a tiempo, poniendo fin al curso de expansión externa y opresión interna al que con tan trágicos resultados comprometió a su país. Comparto por tanto plenamente la opinión de Donald Kagan, según la cual otra había sido la historia de esos años si las democracias occidentales no se hubiesen desarmado, material y psicológicamente, y hubiesen permanecido alertas y responsables en el cumplimiento de sus obligaciones ante Alemania y ante sí mismas.³⁶

En este orden de ideas, considero que Churchill estaba en lo correcto cuando afirmó que la guerra no fue algo “inevitable”. Y para que no queden dudas de lo que intento sostener, quiero resumirlo así: Primero, pienso que no es seguro que una nueva guerra hubiese podido evitarse entre 1919 y 1939. Sin duda, el “problema alemán” habría estado planteado, aún sin Hitler en el escenario. Pero a pesar de la presencia del “problema alemán”, y el enormemente importante factor adicional de Hitler, *existían posibilidades efectivas de impedir la guerra a través de la disuasión de Alemania*, aunque no de Hitler, pues su política revolucionaria, que más adelante discutiremos, no conocía límites. En segundo lugar, nunca sabremos, desde luego, si una actitud

³⁴ Citado en, Bell, p. 41

³⁵ Bracher, p. 179

firme de parte de Gran Bretaña, Estados Unidos, y Francia, habría sido realmente capaz, entre 1933 y 1939, de generar las necesarias resistencias al hitlerismo dentro de Alemania, en especial en el seno de las Fuerzas Armadas, consolidando una oposición que eventualmente, tal vez, habría sido capaz de llevar a cabo un golpe de Estado contra el líder nazi. Como es sabido, un importante grupo de militares alemanes intentaron ese golpe más tarde, culminando sus planes con el atentado de 1944, del que Hitler escapó con vida. Lo que sí conocemos es que el apaciguamiento a Hitler por parte de los occidentales tuvo consecuencias funestas. No le falta por tanto razón al gran filósofo alemán Karl Jaspers, quien en un pequeño pero lúcido libro escrito inmediatamente después de la guerra, sobre el complejo tema de la “culpa” alemana en la catástrofe, señalaba con amargura la parte de culpabilidad que también pesaba sobre los hombros de las democracias, por su pasividad frente a Hitler durante los años cruciales de 1933-1939. Merece la pena citarle con generosidad:

“Inglaterra, Francia, Norteamérica fueron las potencias vencedoras en 1918. En sus manos, y no en las de los vencidos, estaba el curso de la historia universal. El vencedor asume una responsabilidad que sólo a él le corresponde, o bien se sustrae a ella. Y cuando hace esto su culpa histórica es manifiesta...No puede aceptarse que el vencedor se retire sin más a su estrecho ámbito y quiera tener tranquilidad, observando únicamente lo que acontece en el mundo. Cuando un acontecimiento anuncia consecuencias desastrosas, él tiene el poder de impedirlo. La no utilización de ese poder constituye una culpa política que afecta al que lo posee. Si se limita a formular acusaciones burocráticas no hace sino sustraerse a su obligación. Ese no actuar origina reproches contra las potencias vencedoras, que sin embargo no nos liberan (a los alemanes) de culpa alguna”.³⁷

³⁶ Donald Kagan, *On the Origins of War* (New York: Doubleday, 1995), p. 417

³⁷ Karl Jaspers, *El problema de la culpa* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1998), p. 104

Las potencias occidentales no solamente permanecieron quietas “ante el crecimiento de la maldad, sino que se entendían con ella”, a pesar de que las acciones de Hitler estuvieron dirigidas desde un principio “contra toda posibilidad de apaciguamiento”.³⁸ La guerra pudo evitarse, pero para ello se requirieron fuerzas morales y políticas que desgraciadamente no alcanzaron la necesaria intensidad y coherencia. Sin duda, las “condiciones objetivas” estaban allí, mezclándose en un caldero hirviente, y creando el horizonte histórico en que las acciones concretas de individuos concretos decidieron el curso de los acontecimientos. Quizás, repito, hubiese habido guerra aún sin Hitler; mas como apunta el historiador británico de la religión Owen Chadwick: “La Reforma hubiese tenido lugar sin Lutero. Pero sin Lutero no habría ocurrido del modo en que ocurrió”.³⁹ Parafraseándole, puede decirse que, quizás, habría tenido lugar un segundo gran conflicto bélico en Europa en los años treinta, debido al complejo “problema alemán”. Pero sin Hitler, definitivamente, no habría ocurrido del modo en que ocurrió.

4

Ya hemos indicado que, según Taylor, “Hitler fue un estadista racional, aunque indudablemente malvado”.⁴⁰ El concepto de racionalidad que Taylor emplea al formular su juicio sobre el líder nazi, es estrictamente instrumental, es decir, limitado a constatar que Hitler, al menos en cierto número de importantes ocasiones, tomaba sus decisiones políticas y militares con base a un *cálculo* de riesgos, medios, y posibilidades. Semejante noción, aunque aceptable, es sin embargo estrecha; no sólo porque Hitler, también en múltiples oportunidades — en especial después de rotas las hostilidades en 1939—, se caracterizó por la extrema imprudencia de sus jugadas, el dogmatismo de sus posturas, y la

³⁸ Ibid., pp. 74, 106-7

³⁹ Citado en, John Lukacs, **The Hitler of History** (New York: Vintage Books, 1997), p. 258

negativa a considerar alternativas, sino sobre todo porque un adecuado concepto de racionalidad, aplicado a un estadista, exige incluir un aspecto valorativo, referido a la presencia de un sentido de las proporciones en torno a los costos y consecuencias probables de la acción política. Desde esta perspectiva, la figura del líder nazi, vista históricamente, pone de manifiesto significativas deficiencias, que de modo inevitable tienen que medirse por los catastróficos resultados de su descomunal empresa, tanto para su país, como para el movimiento político que creó, y ni hablar de sus adversarios y de aquéllos entre sus enemigos, como fue el caso del pueblo judío, a quienes reservó sus más extremas obsesiones.

En su esfuerzo por mostrar un Hitler sujeto fundamentalmente a un caprichoso torbellino de accidentes azarosos, multiplicados por la torpeza de sus contrarios, Taylor asegura, por ejemplo, que la situación de la industria armamentista alemana en 1939 ofrece una “prueba decisiva” de que el líder nazi no se hallaba, en ese momento, contemplando la posibilidad inmediata de una guerra general en Europa, “y tal vez ni siquiera contemplaba la probabilidad de cualquier guerra (aunque fuese geográfica y estratégicamente limitada AR)”.⁴¹

Pienso que, más bien, la evidencia sugiere —como ya apunté previamente— que Hitler tomó en Septiembre de 1939 un riesgo calculado al decidir la invasión de Polonia, y esa vez su intuición no le funcionó. Su cálculo era que, de nuevo, Gran Bretaña y Francia se tragarían su orgullo y admitirían otro hecho cumplido de parte del líder nazi, pero las cosas marcharon de otra manera. Además, como ha demostrado con lujo de detalles y admirable erudición Richard Overby, en sus meticulosos estudios sobre la economía militar alemana bajo Hitler:

⁴⁰ Taylor, **The Origins...**, p. 239

⁴¹ *Ibid.*, p. 267

“Las fuerzas militares que Alemania ya tenía disponibles en 1938 y 1939, eran más que suficientes para la tarea limitada de derrotar a Checoslovaquia y Polonia, como quedó evidenciado por la rápida victoria sobre esta última. Los nuevos programas armamentistas (promovidos por Hitler) sólo tenían sentido en términos de una guerra mayor contra otros grandes poderes: en el Este para conquistar *Lebensraum* (“espacio vital”), y en el Occidente, contra la Gran Bretaña y los Estados Unidos, para materializar la demanda alemana de status como poder mundial”.⁴²

Si Alemania hubiese tenido cuatro o cinco años más de paz, los recursos económicos y militares entonces disponibles la habrían convertido en uno de los superpoderes militares del mundo, a la par de los Estados Unidos y la Unión Soviética. El reto para Hitler consistía en evitar una conflagración generalizada, hasta que sus masivos programas armamentistas se completasen, y es aquí “donde su juicio político se mostró seriamente deficiente”.⁴³ Al arriesgar la guerra con Inglaterra y Francia por el caso polaco en 1939, y desatarla, el líder nazi se embarcó en una gigantesca aventura, que culminó en desastre para él y para Alemania. En ese momento, Alemania aún carecía de un bombardero pesado en condiciones operativas, sólo tenía cinco acorazados y cincuenta submarinos, y tan sólo trescientos tanques avanzados del tipo Mark IV.⁴⁴

Por qué lo hizo? A mi modo de ver, se trató de algo mucho más profundo y significativo que un mero error de cálculo. Aquí entramos al terreno esencial de la personalidad de Hitler y del sentido de su política revolucionaria, terreno que Taylor normalmente evade o en todo caso tiende a subestimar sistemáticamente. En tal sentido, creo conveniente reiterar cuál es mi posición en torno al papel de Hitler en el marco de los eventos en los que se halló inmerso. Considero errado adscribirse a cualquier tendencia historiográfica de

⁴² Richard Overy, “Hitler’s War Plans and the German Economy”, en, R. Boyce & E. Robertson, eds., **Paths to War** (London: Macmillan, 1989), p. 113

⁴³ Ibid., pp. 113-4

⁴⁴ Ibid., p. 114

natraleza extrema, bien sea la que atribuye influencia exclusiva en la definición de los procesos a las denominadas “fuerzas fundamentales” de la historia, desapareciendo a los individuos del escenario, o bien se trate de la idea del “fenómeno singular y único”, que plantea una absoluta discontinuidad —en este caso en la historia alemana—, encarnadas en Hitler y el nacionalsocialismo, concediéndoles el rango de fuerzas demoníacas prácticamente autónomas. Pienso que, en todas las situaciones, ambos factores, las condiciones subyacentes y la acción de individuos, se combinan, y toca al analista conceptualizar, en cada caso, su importancia relativa. En lo que concierne a la Alemania de los años treinta y los orígenes de la guerra, creo posible que la influencia de las fuerzas conservadoras, el poder empresarial privado, el peso de los militares, y la debilidad de las tradiciones democráticas —todo ello sumado a la pasividad por parte de las democracias occidentales—, se hubiesen combinado para destruir la República de Weimar, establecer un nuevo régimen político autoritario, y provocar eventualmente otra guerra. No obstante, es muy poco probable que ese nuevo régimen hubiese sido tan eficiente en el terreno belico, y tan malvado en sus ejecutorias, como lo fue el nazismo con Hitler a la cabeza.⁴⁵

Hitler fue un revolucionario; y qué es un revolucionario? Como con tino señala Kissinger, si la respuesta a esa pregunta no fuese tan compleja, pocos revolucionarios tendrían éxito, pues “los objetivos de los revolucionarios sólo parecen evidentes a la posteridad”. Esta miopía se debe en ocasiones a un engaño deliberado, pero, prosigue:

“...con mayor frecuencia refleja un fracaso psicológico: la incapacidad del ‘establishment’ para enfrentarse con un reto fundamental. La negativa a creer en un antagonismo inconciliable es lo contrario del estado de ánimo para el cual las transformaciones básicas son algo inconcebible.

⁴⁵ Esta es la tesis que desarrolla Gordon A, Craig, en su notable libro, **Germany 1866-1945** (Oxford: Clarendon Press, 1975).

Por eso los revolucionarios reciben a menudo el beneficio de todas las dudas. Incluso cuando presentan un reto teórico fundamental se suponen que exageran su caso a fin de negociar; se cree que su adhesión a las preferencias 'normales' es una especie de compromiso... Los revolucionarios parten siempre de una posición de inferioridad física; sus triunfos son primordialmente de concepto o de voluntad".⁴⁶

La lucidez de estas frases no puede subestimarse, y el ejemplo de Hitler las corrobora a plenitud. Hitler poseía con creces dos cualidades cruciales en un verdadero revolucionario: una concepción incompatible con el estado de cosas existente, y la decidida voluntad de imponer a como diera lugar su visión.⁴⁷ También Hitler fue reiteradamente subestimado y erróneamente interpretado; los conservadores tradicionales alemanes —por ejemplo—, que en los años veinte tanto le ayudaron a hacerse de los recursos necesarios para alcanzar el poder, pretendieron que se trataba de un agitador manipulable, y no percibieron “las peculiares vibraciones que emitía, el pulso del futuro”;⁴⁸ de un futuro que barrería con el status. Esa naturaleza revolucionaria del líder nazi se condensaba en la férrea convicción que le impulsaba, junto a su movimiento, según la cual ambos representaban algo que trascendía propósitos puramente materiales, simples objetivos de cambio constreñidos a lo meramente económico, y alcanzaban el plano de una radical transformación “espiritual”, *en el marco de una ética pagana sustentada en valores de fuerza, dominio, y destrucción*.⁴⁹ Debido a ello Hitler fue tantas veces incomprendido por aliados y adversarios: por la dificultad de tomar completamente en serio la radical ruptura que su visión del mundo generaba con relación a la ética cristiana, que por siglos

⁴⁶ Henry A. Kissinger, “El revolucionario blanco: Reflexiones sobre Bismarck”, en, D.A. Rustow, ed., **Filósofos y estadistas** (México: FCE, 1976), pp. 394-5

⁴⁷ Ibid., p. 398

⁴⁸ Fest, p. 307

⁴⁹ Se ha hablado sobre el “mal absoluto” de los jefes nazis, de un mal que destruye toda posibilidad de moralidad (Jaspers, pp. 24-5). Cabe precisar que aseveraciones como éstas se aplican en el marco de la tradición moral cristiana, mas no debe perderse de vista que Hitler no se ajustaba a ese marco. Este es otro de sus rasgos “revolucionarios” en el curso histórico de Occidente.

copó el horizonte de Occidente.⁵⁰ Hitler hablaba su verdad cuando anunciaba sus ideas de superioridad racial aria, su desdén hacia los seres “inferiores”, su dogma sobre el imperativo de someter a los débiles al total dominio de los fuertes. Mas no era fácil tomarle en serio, *creer* que era literal su electrizante y radical pasión. Citemos a Fest:

“Su implacable confianza, que a veces parecía locura, se sustentaba en la convicción de que él era el único revolucionario, que se había separado del sistema existente reimponiendo los derechos del instinto humano. En alianza con ese derecho, así pensaba, sería invencible, pues el instinto siempre triunfaba al final —en sus palabras— ‘contra la motivación económica, contra la presión de la opinión pública, y contra la razón misma’”.⁵¹

Los valores paganos que enarbolaba el líder nazi, y su visión belicista de la existencia como un territorio de salvajes luchas por la supremacía racial, se unieron a una poderosa tendencia interior al radicalismo, a escapar hacia los extremos. Hitler carecía de sentido de las proporciones; una incontenible fuerza en su fuero interno le empujó siempre al borde de los abismos, donde parecía sentirse más a gusto. Por años, sin embargo, Hitler fue capaz de disciplinar ese ímpetu y someterle al control del cálculo político. Ese autodomínio, no obstante, parecía inquietar e irritar zonas profundas de su ser. El líder nazi estaba permanentemente en busca de situaciones límite, de colocarse en encrucijadas decisivas, de cortejar el peligro y saborear su vértigo. En el momento clave, durante la crisis polaca de Septiembre de 1939, y una vez que se concretó la declaración de guerra anglo-francesa, Hitler llegó finalmente al punto que tanto le tentaba, y que antes, con innegable habilidad política, había logrado evitar sin por ello malograr sus objetivos últimos de conquista. Me refiero a esa “lucha

⁵⁰ Sobre la ideología de Hitler, consúltese, Kagan, pp. 336, 338; Fest, pp. 208-9. En torno al elemento *pagano* presente en el nazismo y la influencia de Nietzsche, véase, Karl Jaspers, “Nietzsche y el cristianismo”, en, **Conferencias y ensayos sobre historia de la filosofía** (Madrid: Editorial Gredos S.A., 1972), pp. 245-307; también, Hans Barth, **Verdad e ideología** (México: Fondo de Cultura Económica, 1951), pp. 261-266

⁵¹ Fest, p. 105

final” que ansiaba llevar a cabo, y cuyo desencadenamiento definitivo deseaba con sólo frágilmente controlada impaciencia. En esa hora crucial de su carrera, señala Fest, Hitler empezó a echar por la borda los principios de flexibilidad táctica que de tanta utilidad le habían sido hasta entonces. En adelante, prevaleció una sombría determinación, una especie de sentimiento de fatalidad, que le condujo a cerrar todas las vías de escape y todas las posibilidades de retirada, a bloquear la consideración de alternativas, y sumergirse con frialdad aterradoradora en un combate a muerte: “Toda esperanza de compromiso es infantil”, comunicó a sus generales en Noviembre del 39; “me he arriesgado a esta guerra, y tengo que escoger entre victoria o aniquilación”.⁵² En esa rígida postura se mantuvo por los siguientes cinco años, hasta darse muerte bajo las ruinas de su Cancillería, hundido en su asfixiante *bunker*, y en un Berlín calcinado por la aplastante ofensiva soviética.

Como verdadero revolucionario que siempre fue, Hitler nunca aprendió a *detenerse*. Siglos atrás, los grandes autores de la tragedia griega habían mostrado en sus obras, con brillo inigualable, el poder de la *hubris* en el alma humana, de ese defecto de carácter que a algunos conduce a desafiar los límites de lo humano y rivalizar con los dioses. En 1938, con el pacto de Munich, Hitler parecía haber logrado todo a lo que el más ambicioso de los estadistas podía aspirar. Si el destino le hubiese dado la muerte en ese instante, y a pesar de la represión que ya había desatado internamente en su país, Hitler sería posiblemente visto hoy de manera bastante diferente por la historia, y considerado uno de los más notables hombres de Estado de nuestra era. Por qué siguió adelante? Porque era un revolucionario, que carecía de ese impulso *constructivo* que guía la imaginación de los grandes estadistas.⁵³ Hitler pudo detenerse en Munich, pero no quiso hacerlo. Sus siguientes dos pasos: la ocupación de Praga, y especialmente el ataque a Polonia, transpasaron ese

⁵² Citado en, Fest, p. 610

⁵³ Sebastian Haffner, **The Meaning of Hitler** (New York: Macmillan, 1979), pp. 110-1

“punto culminante de la victoria” del que nos habla Clausewitz,⁵⁴ a partir del cual cada triunfo se hace más y más costoso, y pone en riesgo todo lo que hasta entonces se ha logrado. La apuesta de Hitler fue insensata, pero plenamente comprensible dentro del marco de su proyecto revolucionario.

5

Podemos ahora retornar a la pregunta con que se dió inicio a este estudio: Qué causa las guerras, y cuáles fueron, en síntesis, las causas de la Segunda Guerra Mundial? Ya Tucídides, varios siglos antes de Cristo, había ofrecido una respuesta general a la interrogante sobre las causas de la guerra, respuesta que continúa teniendo al menos parcial validez en nuestros días. Desde su óptica, el miedo al poder y a las intenciones torcidas de los otros empuja a los Estados a hacerse la guerra.⁵⁵ Por su parte, uno de los más prestigiosos estudiosos del tema de la guerra en nuestra época, Bernard Brodie, se rehusó a hablar de una causa fundamental, y cuestionó las tesis reduccionistas —como las Blainey— según las cuales todas las causas de la guerra se resumen en un conflicto de poder.⁵⁶ Frente a este tipo de reduccionismo, Brodie defendió una postura ecléctica, en estos términos: “cualquier teoría de las causas de la guerra en general, o de alguna guerra en particular, que no sea inherentemente ecléctica y comprehensiva, es decir, que no tome en cuenta desde un principio la relevancia de muy diversos factores, está por esa misma razón condenada al error”.⁵⁷

A mi modo de ver, la observación de Brodie es correcta, y nos orienta a asumir la complejidad del curso histórico. No obstante, la explicación de fenómenos tan masivos como la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, aconseja distinguir entre, de un lado, “causas profundas”, que algunos prefieren

⁵⁴ Véase, A. Romero, **Estrategia y política en la era nuclear** (Madrid: Editorial Tecnos, 1979), pp. 25-26

⁵⁵ Tucídides, **Historia de la guerra del Peloponeso** (Madrid: Alianza Editorial, 1989), pp. 50-1, 91, 125

⁵⁶ Geoffrey Blainey, **The Causes of War** (London: Macmillan, 1973), p. 149

⁵⁷ Bernard Brodie, **War and Politics** (London: Cassell, 1974), p. 339

llamar “orígenes”, y que se refieren a los procesos subyacentes y a largo plazo de carácter socioeconómico y político-ideológico; y de otro lado los “detonantes”, aceleradores u ocasiones para la guerra”.⁵⁸ Otra manera de decirlo consiste en hablar de causas fundamentales y de decisiones que llevan a la guerra. Con respecto a la Segunda Guerra Mundial, se hallarían entre las primeras el “problema alemán”, tal y como quedó planteado por los resultados de la Primera Guerra, la crisis capitalista de los años veinte y treinta, el surgimiento del comunismo, el fascismo y el nacionalsocialismo, y la pérdida de voluntad por parte de las democracias para enfrentar sus responsabilidades en la preservación del equilibrio internacional. Entre los detonantes cabría mencionar la política expansionista de Hitler en general, y sus decisiones en 1939 (ocupación del resto de Checoslovaquia, violando el pacto de Munich, y la posterior invasión a Polonia). En tal sentido, comparto la opinión de Jaspers cuando escribe que “La guerra fue desencadenada por la Alemania hitleriana. Alemania debe su culpa por la guerra a que su régimen la inició en el momento elegido por él mientras que las demás no la querían”.⁵⁹ No fue una guerra “inevitable”, pues el futuro está abierto, y lo que hoy es presente una vez fue futuro. Ese futuro depende de la responsabilidad, decisiones y actos de las personas, en un contexto en el que no cabe hallar refugio en “leyes naturales” o “históricas” que presuntamente determinan inexorablemente la marcha de las cosas.⁶⁰ Parafraseando a Marx, diríamos que los hombres hacemos la historia, aunque no siempre en las condiciones que hubiésemos elegido.

⁵⁸ Bell, pp. 9, 46

⁵⁹ Jaspers, pp. 67-8

⁶⁰ Ibid., p. 31